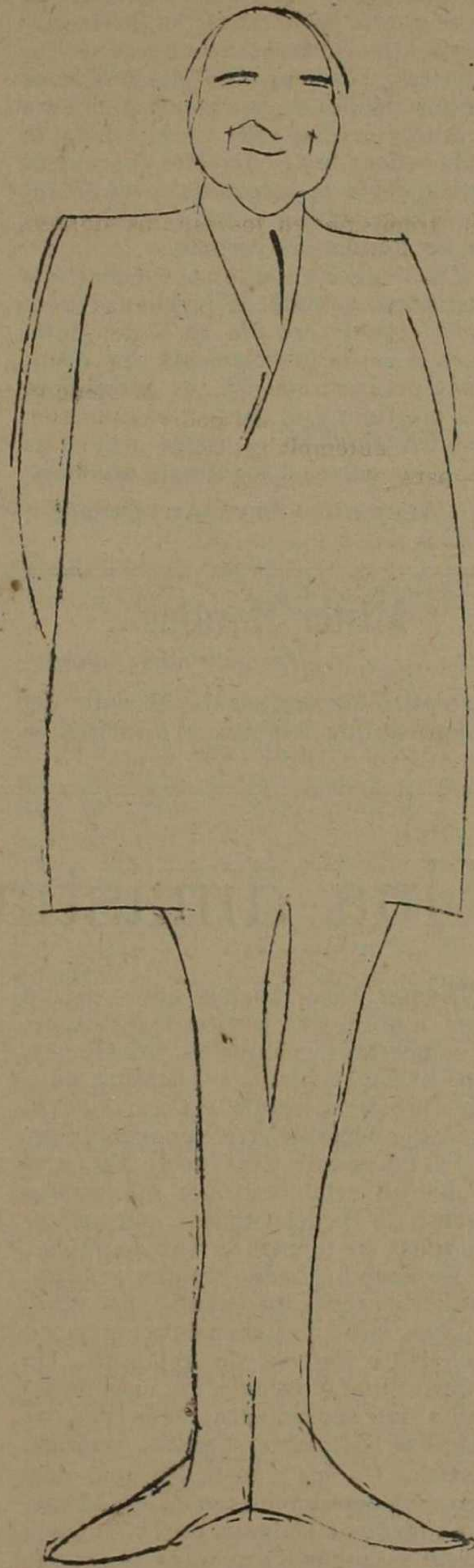


Mister Harding

EL Presidente Wilson salió hacia el Oeste predicando la cruzada de la Sociedad de las Naciones, y volvió a Washington casi moribundo; y el Presidente Harding, hace apenas pocas semanas, fué también hacia el Oeste, en una cruzada semejante, la de la Corte de Justicia Internacional, y lo que regresa a Washington es su cadáver.

Parece repetirse el caso de la Esfinge de Tebas: el Presidente de los Estados Unidos que no logra resolver el enigma de la paz mundial y la reconstrucción europea o llega a las puertas de la muerte o las traspasa. ¡Trágico destino! El duelo del pueblo americano es muy grande; y la ola del dolor, aunque atenuada por la distancia, llega también hasta nuestras playas. Fué Mr. Harding para Costa Rica el varón justo, y, dadas las circunstancias en que su justicia resplandeció, vino a ser, en ocasión memorable, un gran benefactor de la República. Subió al poder en el propio momento en que nuestro conflicto con Panamá revestía para nosotros la mayor gravedad. No se trataba tanto de Panamá sino de lo que estaba detrás de Panamá. Los vínculos que unen a los Estados Unidos y a Panamá son de tal naturaleza que daban a aquéllos el pretexto de extender su poderío territorial, aparentando defender a Panamá y cumplir deberes contractuales con la vecina República. Se decía que la bahía de Golfito había sido una presa codiciada por el águila americana; y que Costa Rica ofrecía la oportunidad que hacía falta. En realidad la hora aquella era de inmensa angustia para nosotros. Sin embargo, tan pronto como la administración republicana tomó posesión del Departamento de Estado, cruzaron el aire, con la rapidez del rayo, los mensajes que, haciéndonos cabal justicia, descargaron la tensión eléctrica que nos oprimía y deshicieron la tormenta que nos amagaba. Cuando uno cierra libros de historia aprende que nación poderosa es sinónimo, una vez sí y otra también, de nación egoísta y opresora. Mr. Harding demostró que una nación puede ser grande por su marina y más grande por su justicia. ¡Loado sea Dios!

Hay dos hechos en que yo tuve alguna parte y que me complazco en recordar. Se firmó un tratado sobre extradición en nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores, el cual llegó al Congreso para su aprobación. Lo adversé por cuanto me parecía que, garantizando nuestra Constitución la inviolabilidad de la vida humana, no estábamos facultados para entregar a un hombre que pudiera perderla en



WARREN G. HARDING

Visto por MÁLAGA GRANDET.

(La Nación, Buenos Aires).

los Estados Unidos de América, en manos del verdugo. Se me dijo que lo aconsejado por mí era un atrevimiento que podría ser peligroso porque nos exponía a una imposición de Washington; pero tal era mi confianza en el espíritu justiciero de Mr. Harding,

(Pasa a la página siguiente).

Warren G. Harding

WILSON quedará en la historia como el Presidente de la guerra. Después de algunas vacilaciones su espíritu clarividente comprendió el gran papel que a su Nación le tocaba desempeñar en el escenario de Europa. Fué el caudillo de un gran pueblo pacífico que desenvainaba la espada para terminar el conflicto que afligía a la humanidad, sin esperar las recompensas que toman los vencedores sobre los humeantes escombros del vencido.

En marzo de 1921, Harding, el Presidente de la paz, recibe de las manos del ilustre antecesor desfallecido, la investidura del poder. Los Estados Unidos recogen abundante cosecha de honores y de ventajas como consecuencia de la guerra victoriosa. Sin buscarlo por los caminos de la ambición y del egoísmo, llegan al apogeo y son los árbitros del mundo civilizado no tanto por el inmenso poder del oro que se desborda de sus arcas, como por el poder moral representativo de ciento veinte millones de hombres libres.

Harding es tranquilo, fuerte y sobrio como un patriarca antiguo. Tiene algo de león en su semblante y sus ojos el mirar característico de las águilas. Su vida fué sencilla y si algo parecía predestinarlo a la Presidencia es la virtud del carácter, a la cual injustamente no le dan los hombres el mismo privilegio que al talento.

Su política obedeció a principios opuestos a los de Wilson. Quiso, siguiendo inspiraciones del Partido Republicano, fundadas en las tradiciones que datan de la época de Washington, no mezclarse activamente en las cuestiones del Viejo Continente y para acentuar esa conducta, repudió el pacto de la Sociedad de Naciones, las más bellas cláusulas de la paz de Versalles.

En cambio inició un movimiento acentuado de cordialidad con las Naciones de América Latina, ya que es en este Continente adonde la Providencia puso la verdadera reserva del porvenir en cuanto a productos de la tierra y reconocida como debe ser la homogeneidad de la estructura democrática que ha modelado a los grupos sociales que lo habitan.

En este sentido merece alabanza la oportuna y eficaz mediación para impedir las hostilidades entre Costa Rica y Panamá con motivo del conflicto de límites y fué principio sostenido en esa ocasión por Harding y su eminente Secretario de Estado que el respeto de los tratados y de las decisiones arbitrales serían condición de armonía entre las naciones de Amé-